

Siglo XVII. contrarios; porque desechaban la autoridad del Concilio de Trento, con pretexto de que sus contrarios los habían juzgado en él? III. Si era cierto, que la disputa que se había movido entre los teólogos de las iglesias de Holanda, tocante á la predestinacion y á la gracia, no podia decidirse sino por un sínodo, se seguia, que la palabra de Dios no es la única regla de la fe, y que en las cuestiones, cuyo objeto es el dogma, á la Iglesia, como á tribunal infalible, y supremo, pertenece decidir, por sentencia irrevocable, lo que se debe creer, y lo que se debe condenar. IV. Quando despues de la decision del sínodo se forzaba á los pastores y á los fieles á subscribir á él, quando se despojaba de sus empleos á los que rehusaban acceder á ello, quando se les trataba de hereges, y de excomulgados, se tenia por cierto, que la Iglesia tiene derecho á pedir á sus hijos una submission, no solamente exterior, sino interior y sincera á sus decretos, y á castigar á los inobedientes; en esto se seguian las huellas de la Iglesia romana; con que se reconocia, que los autores de la reforma habian hecho agravio en acusar á la Iglesia romana de opresion, y de tiranía, porque querian que sus sentencias sirviesen de regla en materia de doctrina, que á nadie fuese permitido despreciar su autoridad, y que excluia de su gremio á todos los que perseveraban en el error despues de su definicion. V. Por último, los ministros que componian el sínodo de Dordrecht fundaban la autoridad que se atribuian en las promesas que Jesuchristo hizo á la Iglesia, asegurándole que estaba con ella hasta la consumacion de los siglos; de donde concluian, que estando congregados en nombre de Jesuchristo por interes de la verdad, se debia creer que Jesuchristo estaba en medio de ellos, y que su espíritu hablaría por su boca. No es cosa muy extraña que la Iglesia protestante haya usado del mismo language, y tenido la misma conducta que la Iglesia romana, despues de haber atribuido á delito en ella esta conducta y este language?

ARTÍCULO VI.

Siglo XVII.

Estado del calvinismo en Francia desde la muerte de Enrique IV. hasta la revocacion del edicto de Nantes.

Mientras que Enrique IV. ocupó el trono vivieron en paz los calvinistas de Francia, y gozaron sin azobras de las ventajas que se les habian concedido por el edicto de Nantes. Este edicto, que fixaba su estado en el reyno, les era demasiado favorable para que dexasen de tener la sagacidad é interes de no emprender nada que pudiese inducir al gobierno á limitar los privilegios que habian adquirido, ó á privarlos de ellos. Enrique los amaba, habia nacido y habia vivido en medio de ellos. Debía á su aficion y á sus servicios una parte de su gloria; y la conquista de su reyno, fruto de sus victorias y de su paciencia, era al mismo tiempo el de su valor y el de su fidelidad; pero este principio no dexaba de conocer su genio inquieto y movedido, y su inclinacion á la independencia, y el hábito que tenian de abusar siempre de las leyes ventajosas, que las circunstancias les hubieran proporcionado. Estaba á la mira de ellos para impedir que saliesen de los limites que les habia señalado, y en los quales no queria que lo obligasen á hacerlos entrar otra vez, asi como un padre está á la mira de sus hijos para prevenir las faltas, que tendria que castigar. Enrique, mezclando diestramente la blandura con la entereza, que es el punto de la perfeccion en el grande arte del gobierno, sabia contener todos los partidos. Una administracion justa y vigorosa es de parte del soberano el verdadero principio de la felicidad pública, porque comprendiendo igualmente á todas las clases del estado, las contrapesa una con otra, y con este equilibrio mantiene la subordinacion, la quietud y la armonia. Enrique habia encontrado este precioso secreto; y la Francia posegada y próspera despues de tantas calamidades, cogia sus felices frutos.

Pero luego que este príncipe, el mayor de los reyes, y el mejor de los hombres, á quien la muerte habia respetado tantas veces en medio de los combates, se rindió

202
á los golpes del fanatismo, todo volvió á parar en desórden y confusion. Un suceso tan funesto podia acaso producir otra cosa que alborotos, conmociones violentas, parcialidades, manejos disimulados ó tumultuosos, y la destruccion de todas las barreras que se habian opuesto á los malos designios de los ánimos turbulentos, de los grandes ambiciosos, y de los ciudadanos mal intencionados? En los principios fué general la consternacion, y todos sintieron y se lamentaron de la pérdida que se acababa de tener, ménos los que eran autores de ella; pero muy en breve, en medio del luto y de la afliccion se formaron y agitaron partidos con el fin de sacar provecho de las circunstancias. Los cortesanos dieron exemplo, como es regular, en estas ocasiones. Siendo mayores sus intereses, y mas vivas sus pasiones, debia esperarse, que las competencias y las discordias habian de empezar por ellos. Todos querian hacerse necesarios ó temibles, hacerse temer para hacerse estimar, tener parte en las gracias y en las liberalidades que la tutora no escaseaba, para comprar parciales, y sobre todo en los negocios y en la autoridad; pero estos movimientos de la ambicion y de la codicia, que excitaron tantos alborotos en el reyno, hasta el ministerio de Richelieu, no pertenecen á nuestro asunto, y no habiáramos hecho mencion de ellos, si los manejos de la corte, las marañas de los grandes, sus quejas, sus disgustos, y el aprieto en que pusieron al ministerio, no hubiesen excitado á los calvinistas á alborotarse en las provincias en donde estaban en mayor número, y muy en breve á tomar las armas.

Para su gobierno tenian sujetos poderosos y diestros como el principe de Condé, que sin tenerles mucho cariño, se habia ligado con ellos, porque eran á propósito para servir á su odio contra el mariscal de Ancre, y á su resentimiento contra la gobernadora, que no obraba sino por influxo de este despreciable extrangero. El mariscal de Bovillon, espíritu sedicioso y ligero, afecto á los protestantes por sus principios, y tanto mas zeloso de sus intereses, quanto no habiendo podido lograr sus ideas por parte de la corte, el deseo de la venganza hacia mas fervoroso su zelo. El duque de Rohan, el señor mas rico del reyno, y el mas sinceramente devoto á su

Siglo
XVII.
partido: por último, la Tresnouille, Soubise, Chantillon, y otros muchos de las casas mas ilustres, con quien se habia unido una nobleza innumerable y valerosa. Los pretendidos reformados, sostenidos por personas de tan alta gerarquía, y de capacidad tan generalmente conocida, pensaron en aprovecharse de la mala inteligencia que habia entónces entre la corte y los grandes. Juntáronse en Saumur el año de 1615 con beneplácito de la reyna para deliberar sobre los negocios generales de su comunión, y sobre el modo de portarse en el estado presente de las cosas. Esta junta fué muy sosegada, porque el mariscal de Bovillon queria llevarse bien con la tutora y el ministerio, que le habian hecho magníficas promesas, y que para conseguir su execucion, trabajaban en volver los ánimos de un modo conforme á sus ideas. Propontase manejar las deliberaciones de modo que fuesen agradables á la corte, sin ser contrarias á los intereses esenciales de su partido. Para conseguirlo contaba con la sutileza de su ingenio, con los medios que le proporcionaba á tiempo en los casos árdios, y con el valimiento que tenia con los de su partido, sin olvidar el agradecimiento de la corte despues que lo hubiese logrado; pero sus esperanzas quedaron burladas en uno y otro punto. En la junta habia sujetos perspicaces, que penetraron sus intenciones, y que destruyeron el efecto de las medidas que habia tomado; y como no habia salido bien, no le remanero á la corte todos los trabajos que se habia tomado para servirlos.

Las resoluciones de la junta fueron, pues, de todo punto diferentes de las que la corte se habia esforzado para sugerirle por medio del mariscal de Bovillon. Decretó que se hiciesen representaciones al rey sobre la infraccion del edicto de Nantes, quejándose los reformados de que se habia conspirado contra él muchas veces, pidiendo su plena y entera execucion; como tambien el goce pacífico de todos los privilegios concedidos á los protestantes por esta ley. A esta súplica se añadieron otras muchas; unas que miraban á aumentar las prerrogativas y libertad de la religion protestante; otras, que tenian por fin hacer recaer en el estado los gastos á que estaban obligados los de esta religion para la manutencion y abastecimiento de las plazas de seguridad que ha-

Siglo XVII. bian logrado. Todas anunciaban por parte suya una intencion premeditada de valerse, en quanto pudiesen, de los apuros en que ponian á la tutora; y de las otras turbaciones, que son las resultas regulares de una menor edad. El ministerio no se alucinó con las protestas de zelo y de fidelidad con que el congreso acompañó sus representaciones. Despreció sus súplicas, que contenian veinte y cinco artículos, como exórbitanes, importunos en las circunstancias actuales, destituidas de todo fundamento racional; y contrarias al bien del estado. Según la disposicion en que se hallaban los ánimos, no se necesitaba mas para indisponerlos y hacerlos rebelar. Todo esto que acabamos de referir, habia pasado el año de 1611, y desde el siguiente los calvinistas, animados y apoyados por los otros malcontentos, empezaron á alborotarse en san Juan de Angely, en la Rochela, y en algunos otros parages. Es cierto, que estas no eran todavía mas que unas conmociones pasajeras, que se apaciguaban con convenios y promesas; pero no era difícil de conoer que esta agitación, estos tumultos eran preludio de una tempestad, que no tardaria en romper.

El rey publicó el año 1620 un edicto, por el qual se reunia Bearne con la corona, y se restituian á sus antiguos dueños todos los bienes eclesiásticos de esta provincia, usurpados por los calvinistas desde los tiempos de Juana de Albrit, Reyna de Navarra. La presencia del rey, que habia pasado á Bearne, facilitó la execucion de este edicto; pero no impidió las habillias y disgusto de los calvinistas. De las quejas y amenazas se pasó inmediatamente á los efectos. Juntáronse, tomaron las armas, levantóse la bandera de la rebelion, y la guerra civil se declaró en las provincias meridionales, en donde los reformados, tenian sus principales establecimientos. Sus principios, la forma de gobierno establecida en sus iglesias, y su inclinacion natural los arrastraban hacia la independencia. Hacia mucho tiempo que habian ideado el plan de una república federativa, que se proponian exigir en Brancia á imitacion de los protestantes de Alemania; y las circunstancias presentes les parecieron favorables para la execucion de este proyecto. Por consiguiente dividieron el reyno en ocho círculos, cada uno de los quales tenia sus tropas, su general particular, sus ministros públi-

cos de justicia y de hacienda, su administracion económica, y su policía, suministrando un contingente determinado de tropas, y dinero, para mantener la causa comun. Era necesario remitir todos estos cuerpos, y los caudillos que ellos mismos se habian tomado, baxo el mando de un mismo general, que dirigiese sus movimientos y operaciones. Tres señores igualmente poderosos en su partido podian aspirar á este primer puesto; Lesdiguières, Bovillon y Rohan; pero el primero se habia acercado á la corte, que le habia prometido la espada de condestable, y no esperaba que ver cumplida esta promesa para mudar de religion; el segundo se habia hecho sospechoso á todos los calvinistas zelosos, y principalmente á los ministros por quien se gobernaba el pueblo, desde el congreso de Saumur, en donde habia hecho el papel de un hombre, que no obra sino con el fin de su interés propio; el tercero por el contrario, era superior á las esperanzas por la grandeza de su fortuna, y superior á la seduccion por su ánimo activo, ansioso de la dominacion, enemigo de todo yugo, incapaz de artificio, y mas incapaz todavía de ceder á la voluntad de los que gobernaban. Eligiósele, pues, para mandar todas las tropas de la nueva república con el título de generalísimo; y este señor, ménos por ambicion que por genio, admitió sin reparo un título, que le lisonjaba mas que quantos debia á su nacimiento.

La rebelion se comunicó muy pronto á todas las provincias de donde estaban en auge los protestantes; y Luis XIII. se vió obligado, como su padre, á tomar las armas para sujetar á sus propios vasallos. Este principe tenia aquel valor, que hace sufribles las fatigas de la guerra, y que enseña á no temer los peligros de ella. Si no tuvo aquella sublimidad de ingenio, aquella entereza que manifiestan una alma llena de vigor y de fortaleza, si lo dominaron en quanto vivió favoritos poco de su devocion, y un ministro de quien envió el talento y la dicha, se puede por lo ménos asegurar, que al frente de los exércitos se reconoció en él al hijo de Enrique IV. La intrépidez, que de nada se espanta, el valor activo y sosegado á un mismo tiempo, que es el de los grandes capitanes, dió pruebas de ello en lo de la isla de Ries, en donde Soubise se habia fortificado

Siglo XVII. con un cuerpo de buenas tropas, en el sitio de Royan, en el de Montalban, aunque no salió bien, y en todos los demás encuentros arriesgados de esta guerra, cuyo suceso hubiera sido completo, si la destreza de sus generales hubiese ayudado á su valor; pero en tanto que una mitad de la Francia peleaba con la otra, y que el fuego de la sedición parecia no estar para extinguirse, los caudillos de los calvinistas, ocupados con sus intereses particulares, y trabajaban en hacer la paz, en lo que todos ganaron alguna cosa: la Force y Châtillon lograron el baston de mariscales, Lesdiguières la espada de condestable, los otros sumas quantiosas, pensiones considerables; y el mismo Rohan, que pasaba por el sugeto mas desinteresado, logró el ducado de Valois en premio de su sumision. El ajuste se concluyó en Privas, ciudad pequeña del Vivarais, el año 1622. El edicto de Nantes se confirmó en todas sus disposiciones; y los protestantes, mantenidos en todos sus privilegios, dexaron las armas, pero sin desistir de su proyecto de república, y conservando siempre en el corazón, con el fomento de la rebellion, el ansia de hacer efectiva esta quimera; siempre que los tiempos se volviesen mas favorables.

Luego que quisieron empezar de nuevo la guerra, no les faltaron pretextos. La inobservancia del edicto de Nantes, y del Tratado de Privas les suministraron algunos, porque era imposible que todos los artículos se observasen en todos los parages en donde habia protestantes, con tal puntualidad, que no hubiese alguno que pudiese quejarse con justicia; pero el gobierno no estaba ya en aquel estado de acoquinamiento ó incertidumbre, que habia infundido tanta audacia en los malos ciudadanos durante la menor edad de Luis XIII. Un ingenio vasto y poderoso, que restituyó muy pronto á la Francia la superioridad de que habia gozado en los felices dias de Enrique IV, acababa de tomar las riendas del gobierno. Este era el inmortal Richelieu, que habia alcanzado la púrpura y el ministerio, á pesar de las tramas que se habian formado para desviarlo. Ya se experimentaba en Francia quanto puede un hombre solo influir en el bien público, quando ha recibido del cielo todas las prendas necesarias para gobernar un grande im-

perio. Dexamos dicho, que el prudente Moraaí, amigo Siglo de Enrique IV, el sugeto mas apreciable y mas respetado XVII. que habia en todo el partido calvinista, habia escrito á Luis XIII, disuadiéndole de tomar las armas contra los reformados, y diciéndole, que hacer guerra á sus vasallos era mostrar flaqueza; que la autoridad consiste en la obediencia pacífica del pueblo, y que se establece con la prudencia y justicia del que gobierna. Richelieu, no ménos prudente sino tambien mas hábil y mayor maestro en politica que no él, sabia que quando los vasallos se atreviesen á amenazar á su señor, é inquietar el estado, la mayor cobardía seria no oponerse á sus ideas, y que en tales casos, para establecer esta obediencia del pueblo, que es el fruto de la prudencia y de la justicia, que da á conocer la influencia de la autoridad en todas las partes de un reyno dilatado, es preciso reprimir fuertemente la rebellion, y reducir á los rebeldes á no poder dañar.

Desde que el calvinismo se habia arraigado en Francia, era la Rochela su baluarte, el centro de sus fuerzas, y el lugar desde donde se esparcia á lo lejos el fuego de las disensiones y de los alborotos que agitaban al reyno. Esta ciudad, rica por el comercio, y fuerte por su situacion, se burlaba hacia mucho tiempo del poder de sus señores. Quantos hombres enfurecidos y sediciosos se hallaban entre los protestantes, otros tantos se habian recogido allí. Tenian entre sí juntas, en donde no se oia otra cosa que discursos violentos, ni se tomaban otras resoluciones que las dictadas por el odio al catolicismo, passion igualmente viva y profunda de todos los corazones. Los magistrados pensaban y obraban como los ministros; y el pueblo, á quien enardecian con sus declamaciones, estaba poseido del mismo furor. Por el tratado de Privas se habia establecido, que se demoleria el fuerte Luis, edificado cerca de la Rochela para tener sujeta esta ciudad; pero este artículo del tratado no se habia puesto en execucion, y este fuerte que amenazaba á la seguridad de los moradores, subsistia siempre: objeto de inquietud y de sobresalto, que este pueblo, excitado por los sediciosos, no podia mirar sin conmoverse. Este fué el pretexto del alboroto. Volvióse al proyecto de establecer en Francia una re-

Siglo pública protestante, cuya capital había de ser la Roche-
XVII. la. El plan antiguo fué la basa del que se delineó en las
juntas celebradas á este fin. Hicieronse en él algunas va-
riaciones para acomodarse á las circunstancias, y poner
por obra las nuevas ideas que se habían formado sobre
una empresa, que había de tener las mayores resultas;
y como si el suceso no fuese dudoso, se empezaron ne-
gociaciones con el extranjero, y á fin de adquirir para la
nueva república aliados poderosos que armasen en su fa-
vor, y que viniesen en su socorro quando fuese com-
batida.

Después de haber concertado de este modo sus me-
didas con tanta prudencia y madurez, quanta cabe en
un consejo de sediciosos, tomaron las armas los refor-
mados; pero á pesar de haber trabajado en adquirir el
apoyo de la Inglaterra, de la España y de la Holanda;
de haber solicitado el de los duques de Lorena y de Sa-
boya, de haber sido bien admitidas sus peticiones con
los demás enemigos de la Francia; con todo, quedaron
bueladas sus esperanzas. Las tropas del rey tenían casi
por todas partes la ventaja; y si alguna vez eran afor-
tunadas las armas de los rebeldes, esta misma prosperi-
dad no servia mas que para debilitarlos, y las pérdi-
das que tenían al mismo tiempo, no eran medios que
pudiesen conducirlos al logro de sus designios. El in-
genio de Richelieu influía en todas las empresas dirigidas
por sus órdenes; y todos aquellos de quien se valia,
parece que disputaban entre sí quién había de ayu-
dar á sus ideas con mas zelo y actividad. Sabíase, que
no perdonaba nada; y se temia todavía mas el desagra-
darle, que se deseaba el merecer su favor; y esta idea
comunicaba á los oficiales de todos grados un ardor, una
vigilancia, que no siempre inspiran el cumplimiento de
la obligación ni el honor; pero este ministro estaba en-
tonces expuesto al odio, y á las tramas de los cortesana-
nos. Su poder recien nacido parecia que se trastornaba
algunas veces. Todos los grandes eran sus enemigos,
porque uno de los proyectos de su política era abatir-
los; y para mantenerse contra ellos no había logrado
tomar aún sobre el corazón del rey aquel imperio con
que lo dominó después. Así que necesitaba de la paz
para sí mismo, y se aprovechó de la primera ocasion

que se presentó para dársela á los calvinistas. Por en-
tonces le bastaba haberles mostrado lo que era, y lo XVII.
que podian esperar de él, quando emprendiese de veras
el reducirlos. El ajuste que hizo con ellos á 5 de febre-
ro de 1626 mantenia las cosas, respecto de sus privi-
legios y de su religion, en el sér en que estaban ántes
de tomar las armas. Solamente se pactó, que des-
trairian el fuerte Tolon, que habían levantado en la
isla de Rhé, de que estaban en posesion, y que se les
conservó.

No bien había pasado un año después del ajuste de la
última paz, quando los calvinistas, siempre inquietos,
siempre encaprichados con sus ideas republicanas, ha-
bian ya proporcionado nuevos agravios contra sí, y por
consequente nuevos motivos de volver á empezar la guer-
ra. El cardinal se hallaba ya libre de los recelos, que le
habian obligado á interrumpir las operaciones. El casti-
go del conde de Chalais, sacrificado á su venganza y á
su seguridad, había intimidado á sus enemigos. Sus ne-
gociaciones en las cortes extranjeras lo tranquilizaban
respecto de las empresas que se pudieran acometer por
fuera. De todas las potencias vecinas, la Inglaterra era
la única que se hallaba en disposición de dar socorro á
los rebeldes; pero sea por el conocimiento que tenía de
la veleidá de Carlos I. y de Buckingham, su ministro,
ó porque tuviese ya seguros los medios para desviar los
efectos de su mala voluntad, no parece que le sobre-
saltaban los preparativos que hacian contra la Francia.
Por tanto, todo estaba dispuesto para la execucion del
gran proyecto que había formado Richelieu de abatir el
calvinismo, y de quitarle la Rochela, su principal for-
taleza, centro del fanatismo, y asilo de todos los se-
diciosos.

Los de la Rochela por su parte se preparaban para
hacer la mas vigorosa defensa, disponiéndose de antema-
no á sostener toda el fuego de la guerra, porque no
dudaban que había de venir sobre ellos. Tenian tropas,
artillería, municiones de toda especie, y una marina
mas respetable que la del mismo rey. Mucho contaban
con el socorro de la Inglaterra; pero todavía mas con
su propio valor, si se pueda dar tal nombre á la intre-
pidez furiosa de un pueblo alborotado contra su legiti-

Siglo
XVII.

mo soberano, y resuelto á sufrirlo todo ántes que rendirse al yugo de una autoridad, que miraban como enemiga suya y de su religion. Pero Richelieu conocia que nunca llegaría el caso de sujetar á los protestantes, y de borrarles la esperanza de formar una república independiente en el centro del reyno, mientras la Rochela hiciese frente al poder de su señor. No le fué muy difícil persuadir al rey qué para reducirla se habian de emplear á un mismo tiempo fuerza, industria, y constancia. El sitio se empezó el dia 10 de agosto de 1627, y se continuó con toda la actividad que la presencia del monarca y de su ministro podian infundir en unas tropas que peleaban á su vista. La armada de los ingleses habia salido ya mandada por el duque de Buckingham. El fin de este general era tomar la isla de Rhé, en donde Thoiras, despues mariscal de Francia, estaba al frente de un cuerpo de tropas escogidas; verdad es, que los rebeldes ocupaban allí un puesto de importancia. Los ingleses hicieron su desembarco sin mucha dificultad; pero Thoiras se manejó con tanto valor y destreza, y lo ayudaron tan bien los que estaban á sus órdenes, que desvaneció la empresa, y tuvo Buckingham que volverse á embarcar, sin haber hecho nada de lo que se proponia. Esta tentativa, poco gloriosa para el general ingles y para su nacion, costó mas de ocho mil hombres, sin comprender una parte de la artilleria, de las municiones y del bagage, que fué preciso abandonar en la confusion de una retirada precipitada.

Pero al retirarse dió palabra á los de la Rochela de volver muy pronto con mayores fuerzas. Es cierto, que estando libre la entrada de la ciudad por la parte del mar, la habrian salvado los ingleses, si hubieran querido. El cardenal, que sin haber aprendido el arte de la guerra suplía á todo con su ingenio, se ocupó en buscar los medios de quitar este recurso á los sitiados. La historia de Alexandro le suministró un exemplar, de que resolvió hacer uso. Del genio de Richelieu era repetir, para conquistar la Rochela, lo que el vencedor del Asia habia emprendido con buen éxito para sujetar la antigua Tiro. En la guerra antecedente un ingeniero italiano, llamado Pompeyo Targoni, habia discurrido hacer una escadada prolongada en el mar, para bloquear la ciudad

por aquel lado, ó á lo ménos para estrechar el paso; de modo, que con artilleria se pudiese impedir á los navios que traxesen socorros el armararse. Esta idea no tuvo lugar, porque se ajustó la paz; pero el cardenal, prendado de una idea, que era grande, atrevida, y por tanto digna de agradarle, comprehendió, que éste era el único medio de verificar sus designios, y que de no, se veria obligado, tarde ó temprano, á abandonar una empresa, de que dependia su gloria, y quizá la fortuna del estado. Tomada la resolucion de construir un dique para cerrar la entrada del puerto, se encargaron de dirigir esta grande obra dos ingenieros franceses, Luis Metescau, y Juan Tiriote. Trabajóse en ella sin cesar por mas de cinco meses, y hubo que vencer obstáculos de todas especies, vientos, golpes de mar, la desigualdad del fondo, la temporada de las lluvias y de las tempestades; pero al fin con la abundancia de obreros, con el movimiento continuo de las máquinas, la capacidad de los dos ingenieros, que hallaban recursos en su arte para remediar todos los inconvenientes, y sobre todo, con la paciencia del cardenal, que con los elogios que hacía á tiempo, y el dinero, que no escaseaba, se acabó de todo punto este famoso dique en el mes de mayo de 1627;

siendo de setecientos quarenta tosas de largo, y una anchura proporcionada, y con esto á prueba de cañon y de las olas. Baterías colocadas de distancia en distancia, y un crecido número de buques cargados de artilleria, impedían el acercarse. Así, quando los ingleses se adelantaron para atacarlo, se les recibió con un fuego tan violento, que se retiraron otra vez sin haber hecho nada, abandonando á los de la Rochela á sí mismos, y desesperando de poder librarlos de la suerte que les amenazaba.

Sin embargo, la ciudad, acosada por todas partes, y no esperando ya socorro, experimentaba todos los horrores del hambre; pero el fanatismo, la mas violenta y mas feroz de todas las pasiones, hace á los hombres capaces de sufrirlo todo. En ménos de un siglo han dado prueba de esta triste verdad dos ciudades famosas; Paris en tiempo de la Liga, y la Rochela en la época presente: y en el mas pacífico, mas humano de todos los pueblos se han de encontrar hechos de esta naturaleza! No se debe estudiar la historia, sin considerar con aten-

Siglo
XVII.

cion particular este linage de acontecimientos. ¿Qué cosa mas propia para convencernos de que de todos los azotes de la humanidad el fanatismo es el mas temible, y por consiguiente aquel, cuya raiz no se puede extirpar tan pronto? Observacion hecha ya mas de una vez; pero que por mas que se repita, nunca será bastante para que quede grabada en los corazones. A principio del sitio, celebrando los principales moradores de la Rochela una de aquellas juntas tumultuosas, en que solo el furor y el espíritu de sedicion tenian derecho para hacerse escuchar, Guison, corregidor de la ciudad, y el mas furioso de los rebeldes, tomó un puñal, y juro clavarlo en el corazon del primero que hablase de rendirse, añadiendo: si soy yo, que se me atraviese el pecho; y el puñal se puso sobre la mesa, que estaba en medio de la sala como un testimonio del juramento que acababa de hacer Guison, y que todos los otros habian confirmado con su aprobacion. Sin embargo, á pesar de este horrible juramento, y el afecto todavía mas horrible que lo habia dictado, fué preciso pensar en capitular. Los vivres faltaban hacia mucho tiempo; ya no se podia esperar que viniésen socorros de Inglaterra, ni de otra parte; la ciudad estaba estrechada por todos lados: la miseria era grande; los vecinos morian todos los dias á centenares; los que sobrevivian, no alcanzaban ya para sepultar los muertos; y familias enteras, padre, madre, hijos, criados, consumidos del hambre, tenian sus casas por sepulcros. La resistencia hubiera sido inútil, y aun la desesperacion no presentaba mas recursos; á menos de pegar fuego á la ciudad, y de sepultar baxo de sus ruinas lo restante de los ciudadanos. No faltaron fanáticos bastante resueltos que propusieron este medio de eximirse del yugo de la obediencia, que no se podia ya evitar, pero el mayor número, ó mas juicioso, ó mas tímido, quiso mas bien acogerse á la clemencia del rey. La capitulacion la firmaron á 28 de octubre Marillac y Hallier, mariscales de campo, no teniendo por conveniente el rey ni su ministro tratar directamente con unos vasallos rebeldes. La Rochela perdió sus fortificaciones, sus privilegios, y no conservó mas que la libertad de conciencia. La religion católica se restableció; y habiéndose hecho el rey su entrada en la ciudad á 1 de noviem-

Siglo
XVII.

bre, asistió en la iglesia catedral á los officios divinos. Asi fué como se concluyó este sitio memorable, que en la antigüedad hubiera servido de época á la nacion que se hubiese señalado con una conquista tan importante. Debíase al ingenio del cardenal de Richelieu; pero como politico astuto cedió toda la gloria á su monarca.

La caída de la Rochela anunciaba la de todo el partido calvinista; pero los caudillos de este partido vacilante se valieron para retardarla de quanta actividad, valor y recursos tenian. El duque de Rohan habia hecho ya sus diligencias para inducir al rey de España á interesarse en la causa de los reformados de Francia; pero sin conseguir otra cosa que promesas. El ministerio español, así como las otras potencias envidiosas de la Francia, estaba alerta del sitio de la Rochela, y esperaba el fin para declararse. Si el rey hubiera quedado vencido, se habria declarado la España á cara descubierta en favor de los rebeldes; pero rendida la Rochela, juzgó aquella corte que debia contentarse con ayudar baxo de mano á los calvinistas, que parecia estaban determinados á no ceder, para mantener el fuego de la sedicion en el corazon del reyno. De este modo, por una de aquellas contradicciones que nacen de la variedad de los intereses políticos, y de que hay varios exemplares en la historia de las naciones, se vió á un mismo tiempo á los protestantes de Francia apoyados por la España católica, y abandonados por la Holanda protestante, entretanto que los de Alemania eran protegidos por el monarca frances, hijo primogénito de la Iglesia, y por su ministro cardenal; del mismo modo que se habia visto en el siglo anterior á Francisco I, aliado de Soliman II, Sultan de los turcos, contra Carlos V, cabeza de la república christiana en Europa, castigar con el fuego á los hereges en su reyno, y dar socorro á los del norte para hacer la guerra á su competidor. La razon es, porque en las desavenencias de los reyes, y según los principios de la politica, los intereses humanos ocupan siempre el primer lugar, y la religion no interviene en ellos sino subsidiariamente, como un medio para facilitar la execucion de sus proyectos, ó trastornar los de las potencias enemigas.

El ajuste hecho entre la corte de España y los cal-

vinistas franceses alentó el valor de estos últimos, y los puso en estado de resistir todavía algun tiempo contra las armas de su soberano; pero este socorro lo mas que podia hacer era, retardar su derrota ó su sujecion. Todos los dias tenían nuevas pérdidas, y las tropas del rey les tomaban sucesivamente las plazas que habian ocupado hasta entónces en el alto y baxo Languedoc, en el Vivarés y el Delfinado. Los esfuerzos que hacian para conservarlas, apuraban sus fuerzas, y su poco adelantamiento desanimaba á la nobleza, que por otra parte empezaba á conocer, que su union con unos vasallos rebeldes era indigna de sí, y que sostenia mal su antigua gloria, tomando las armas contra su rey. Por otro lado, el destrozo que los realistas no dexaban jamas de hacer, la escasez de víveres que esto ocasionaba, y los castigos severos que de quando en quando se imponian á las guarniciones y moradores de las plazas que se habian defendido con mas obstinacion, acobardaban á los otros, y los disponian á rendirse, para evitar semejante tratamiento. El rey habia hecho la guerra en Italia de un modo glorioso para sí, y útil para sus aliados, y la paz que acababa de ajustar, le proporcionaba reunir todas sus fuerzas contra los calvinistas para acabar de reducirlos. Sus tropas, mandadas por los mas diestros generales de aquel tiempo, no tardaron en sujetar las mas de las ciudades, de que eran todavía dueños los rebeldes. Unas capitulaban despues de una débil resistencia, y otras pagaban bastante cara la que habian hecho; quando se veian forzadas á abrir sus puertas. Privas lo experimentó tristemente. Los mariscales de Bassompierre y de Schomberg la tenían sitiada acaudillados por el rey. Los vecinos se escaparon por la noche, y se refugieron en los montes, en donde los mas fueron muertos por los soldados, que los persiguieron luego que se advirtió su fuga. La ciudad fué saqueada y quemada, y el fuerte á donde se habia retirado la guarnicion, tomado por asalto, casi todo lo que habia dentro se quemó; y de los que el fuego habia perdonado, quinientos fueron ahorcados, y los demas en número de doscientos enviados á galeras.

Tantas pérdidas consecutivas, tantas desgracias, cuyo peso caía principalmente sobre el pueblo, hacian de-

sear el fin de la guerra. El duque de Rohan, cabeza de partido, que conocia mejor que nadie la necesidad, congregó todos los representantes de las comunidades en Auduce, ciudad pequeña de la diócesis de Alais. Hizoles presente la imposibilidad en que estaban de resistir mas tiempo contra todas las fuerzas del rey, que los exterminarian de todo punto si no se daban prisa á implorar su clemencia, y á reducirse á su deber. Aunque hubo en el congreso un número bastante crecido de fanáticos, que poco tocados de las calamidades de que era causa la guerra, no respiraban sino independencia y rebellion, el menoscabo del partido calvinista, la privacion de todo recurso, el recelo de sucesos todavia mas funestos, el vigor del gobierno, los alcances del ministro, su carácter inflexible, y otras consideraciones sacadas del estado presente de los asuntos generales y de los intereses personales, inclinaron todos los pensamientos hácia la paz. Asi que no se pensó mas que en los medios que convenia usar para alcanzarla, con condiciones que no fuesen demasiado duras. El fixar estas condiciones dió motivo á algunas dificultades. El artículo que causaba mayor pena á los calvinistas, era la demolicion de las fortificaciones que habian construido para la defensa de sus plazas de seguridad; pero el rey lo pedia, y fué preciso consentir en ello. Por lo demas, las cosas se volvieron á poner en el mismo pie en que estaban ántes de la guerra. En quanto al ejercicio de la religion, y á los otros privilegios de que gozaban los reformados en el reyno, en virtud del edicto de Nantes, no perdieron mas que aquellos de que podian abusar. El dia 27 de junio de 1629 es la época de este último tratado de paz ajustado con los calvinistas, que puso fin á las guerras civiles de religion, que desolaban el reyno hacia cerca de un siglo. La vigilancia y la entereza del ministro hicieron reynar muy en breve el orden y la quietud en todas las provincias. El calvinismo, derribado y enflaquecido, se hizo semejante á un leon, que despues de haber sido terror de las selvas y llanos, caido y pasado de tiros hace esfuerzos inútiles para recobrar su antiguo valor, y no puede echar mas que unos débiles suspiros en vez de aquellos espantosos rugidos que hacian temblar á los demas animales.

Siglo
XVII.

Luis XIII. había tenido la gloria de desarmar el fanatismo, y de sujetar los protestantes del reino al yugo de la obediencia, como sus demas vasallos. La de restablecer la unidad del culto, y de prohibir á la nacion que vivia baxo de sus leyes el exercicio de qualquiera otra religion que la suya, estaba reservada á Luis XIV. En los primeros años de este principe, cuyo reinado ha sido uno de los mas felices y mas gloriosos de la monarchia francesa; así como ha sido uno de los mas largos, no tuvo parte el calvinismo en los alborotos que agitaron el reino; y es que los reformados, contenidos en su deber por el vigor del gobierno, habían tenido tiempo de volver á los afectos de patriotismo, grabados en el corazon de todos los franceses, y que los enredos de los sediciosos, sus intereses, sus motivos no tenían ninguna relacion con la religion. Luego que se serenaron las borrascas de la menor edad, que el jóven monarca tomó las riendas del estado, y anunció á la Europa quanto se podia esperar de sus heróycas prendas, y de su ingenio inclinado á lo grande, la admiracion y el temor, dos frenos poderosos; obraron con tanta fuerza, que la paz interior del reino no se turbó ya mas con pretexto de religion; pero en medio de esta calma tomaba Luis todos los medios que su prudencia y su poder le permitian emplear para extirpar una secta que había sido causa de tantas calamidades, y hecho á la patria unas llagas tan profundas en los reinados consecutivos de los siete últimos reyes. De todo se hizo uso, de agrado y de rigor, de exhortaciones pacíficas, de obras metódicas, instructivas, de fuerza militar, de recompensas para los que abjuraban el error, de exclusion de los cargos y empleos honoríficos á los que no querían abjurarle, de casas destinadas para instruccion de la juventud en que las preocupaciones no habían echado todavía raíces bastante profundas para resistirse con fuerza á la verdad; de personas doctas y caritativas que andaban de provincia en provincia, teniendo conferencias públicas sobre las materias disputadas, y distribuyendo las limosnas, cuyo répartimiento les había confiado el soberano; por último, de tropas enviadas algunas veces á las partes del reino, en donde parecían mas tercios y mas indóciles los sectarios, no para formarlos, sino para

atemorizarlos. Con estos diversos medios se reunieron á la Iglesia un crecido número de calvinistas; dichosos los que lo hicieron con sinceridad! pero la conversion de los que se guiaron mas bien por fines de política y de interes, que por efecto de una conviccion interior y verdadera, tuvo á lo ménos la ventaja de disminuir las fuerzas de la heregia, ya que no correspondiese por entero á las piadosas intenciones del soberano.

Habiendo producido estos medios el efecto que se esperaba, y yendo á ménos todos los días el número de los protestantes, aun en las provincias donde en otro tiempo no había otros moradores que ellos, juzgó el gobierno que podia excusarse de ciertas contemplaciones que les habían parecido necesarias en los principios. Quitáronsele algunos de sus privilegios; encerróse á los otros en limites mas estrechos: se les obligó á asistir á las pláticas de sus parroquias, y á enseñar á sus hijos el catecismo: cercenóse el número de los templos, y se mandaron derribar muchos; derogáronse por medio de nuevas declaraciones varias disposiciones del edicto de Nantes, ó con interpretaciones contrarias se limitaron de tal modo, que no eran ya casi de ningun uso. Todos estos actos de autoridad que se sucedian con poco intervalo, anunciaban el último golpe que había de acabar de aniquilar el calvinismo en Francia. El chanciller Miguel le Tellier, magistrado, de una integridad generalmente acreditada, de una piedad sólida, é igualmente estimado de extrangeros que de nacionales, había tenido orden de extender un edicto, revocando el de Nantes. La intencion del rey era que este edicto no se publicase hasta el mes de enero de 1686, á fin de tener tiempo para prevenirse contra qualquier intentona de los calvinistas, ya para desviar el golpe, ya para evitarlo huyendo. Pero el zelo impaciente del chanciller con su avanzada edad, y con sus achaques que le amenazaban con muy corta vida, le hizo pretender que adelantase el rey el término que había fixado para la publicacion de esta ley. Luis consintió en ello, y el nuevo edicto se registró en el parlamento á 22 de octubre de 1685. La religion llamada reformada se condenaba en todas las provincias de Francia, se suprimian los templos, se prohibian las pláticas y otros exercicios de esta religion; en

una palabra, se anulaba en todas sus disposiciones el edicto de Nantes. Mandábase á los ministros que rehusasen abrazar la religion católica, salir del reyno; y con este efecto salieron mas de seiscientos. Prohibíase á los demás calvinistas con las penas mas severas abandonar los lugares de su residencia ordinaria, y hacer qualquier acto de venta, donacion &c. que manifestase intencion de pasarse á pais extranjero. Prohibiciones igualmente severas se habian intimado á la gente de mar y otras, para que no facilitasen su fuga; y se habian puesto guardas vigilantes en los puertos de Habres, y demas lugares favorables para el embarco; á fin de estorbar todo transporte de hombres y de efectos &c. Sin embargo de estas precauciones y de estas órdenes, los calvinistas que quisieron mejor expatriarse que no dexar su religion, ó vivir sin practicarla, hallaron medio de escapar con sus mugeres, hijos, y el diñero que pudieron juntar. Estas eran gentes de comercio, artesanos, oficiales de todas especies empleados en las fábricas. Algunos escritores han exagerado el número de estos desertores; pero los que parecen mejor enterados y mas puntuales regulan en ochocientas mil almas la pérdida de habitantes que con este motivo padeció el reyno. Llevaron á los extranjeros con su talento y su industria las artes y fábricas de Francia, y lo que es todavía mas apreciable, aquel gusto frances que envidiaban las demás naciones, y que no podian imitar. La Inglaterra, Holanda, Prusia, y los demás paises protestantes se apresuraron á recoger á estos útiles fugitivos, y á proporcionarles establecimientos y medios de enriquecerse con el tráfico y el trabajo. Su posteridad se ha multiplicado en ellos; pero en medio de las ventajas que ha encontrado, suspiran todavía por la patria de sus padres, y todo su anhelo se encamina hácia esta feliz tierra, de la que contra su voluntad se ven apartados.

El proyecto que se acababa de poner en execucion á instancias de un chanciller que no carecia, ni de luces, ni de experiencia, se habia propuesto en tiempo de Colbert. Este grande hombre no ménos piadoso, ni ménos zeloso por la religion que le Tellier, pero de ingenio mas vasto, y mas instruido en las menudencias de la administracion, y que conocia mejor el arte de hacer concurrir todos los ciudadanos á la prosperidad pública,

dirigiéndolos hácia este fin con el empleo oportuno de sus talentos, este hombre grande, pues, no quiso jamas consentir en él. Preveía sus consecuencias, y esta promotor de las fábricas y de las artes sabia quán necesarios eran los brazos, que muy en breve faltarian para sostener unos establecimientos en que consistia la riqueza de la Francia, y que atraían á ella el oro de las naciones vecinas. Despues de su muerte se impugnaron sus principios, se clamó su administracion, y mientras que se disfrutaba de sus beneficios sin conocer el origen de ellos, se pensaba en destruir su obra, y esto porque los que despues de él tuvieron el dominio en el consejo de Luis XIV. como no tenian ni sus ideas profundas, ni los recursos de su vasto ingenio, ignorando el arte de emplear los hombres, y no conociendo como él todo el interior del reyno, ignoraban asimismo la utilidad que sabia sacar del carácter y de la industria, propias de los habitantes de cada provincia. No reparaban en los protestantes, sino con relacion á los dogmas y al culto, que en algun modo separaban esta porcion de los ciudadanos de lo restante de la nacion. No veían en ellos mas que unos Non-Conformistas que habian peleado mucho tiempo contra sus soberanos por opiniones de que jamas se podian separar, que por un espíritu de inquietud natural á todas las sectas, habian por mucho tiempo despedazado el corazon de la patria, y que podian excitar en ella nuevos alborotos si las circunstancias se volvian favorables. De aquí concluyeron que era preciso quanto ántes reducirlos á la uniformidad por el terror de las leyes, ó ponerlos en la precision de deserrarse ellos mismos para ir á buscar en otra parte una libertad de que no podian gozar en la tierra nativa.

Para hacer aprobar este proyecto á Luis XIV. se le traxo á la memoria de un modo patético toda la historia del calvinismo, desde su introduccion en Francia hasta la toma de la Rochela. Representáronsele vivamente todos los daños que esta secta en otro tiempo tan crecida y poderosa habia causado en el reyno, quánta sangre habia hecho verter, el apieto en que habia puesto á los reyes sus predecesores, y principalmente á Luis XIII. su padre, á quien habia costado tanto trabajo reducirla, sin embargo del ingenio de Richelieu. Pintáronsele los cal-

Siglo
XVII.

vinistas como hombres inquietos, poco dóciles, que no respiraban mas que de la independencia, que nada tenían de franceses en el corazon; y que no dexarian de volver á tomar las armas, y de juntarse con los enemigos del estado, si experimentaba Francia algun reves que pudiese resucitar sus esperanzas. Representósele que los privilegios de que estaban en posesion, no se habian logrado sino por medio de la fuerza, y concedido por razones de necesidad; que esto era efecto de la violencia y de la rebelion; que unos edictos arrancados por semejantes medios son unos movimientos vergonzosos al poder de la soberania, y que mantenerlos es fomentar el espíritu de la independencia; exágerábanse los menores movimientos que se hacian en las provincias en donde eran mas los calvinistas: culpábase de ellos á todos los reformados del reyno, y la falta de algunos particulares alcanzaba á todos los que pensaban del mismo modo en punto de religion; por último, la actividad de los protestantes en el comercio, su industria en las artes útiles, los progresos que habian hecho en ellas, las riquezas que habian sacado de estas minas abundantes; esto es, las razones mas fuertes que habia para contemplar, y conservarlos en el estado, fueron para los que el rey consultó sobre este negocio otros tantos motivos para abreviar su ruina, y de que eran inteligentes, laboriosos, á propósito para las empresas del comercio, al qual habian vuelto sus miras y su habilidad, de que su trabajo y aplicacion los habia conducido á la opulencia; se injurió que podian llegar á ser perjudiciales. Para alcanzar del monarca lo que se deseaba, se le cogió por las dos partes que mas le podian picar, el amor á la gloria, y los zelos de la autoridad: la gloria se le mostró en el titulo de protector de la religion que iba á merecer, dando el último golpe á la heregia, y en quanto á la autoridad se le persuadió, que el medio mas seguro de afirmarla en lo interior era abatir para siempre una secta que habia luchado tanto tiempo contra el poder supremo.

Sea de esto lo que quiera, apenas se publicó el edicto que revocaba el de Nantes, quando un diluvio de escritores, entre los quales los habia de crédito en la república de las letras, se aprovecharon á porfia de esta ocasion para hacer nuevos elogios de Luis XIV. Oradores,

poetas, historiadores, todos hasta Bossuet, Despreaux y Siglo Pelisson habian de esto como de uno de los mas heroycos XVII.

rasgos de su reynado, y aún la academia francesa tan atenta á celebrar todas las acciones de su augusto protector, premió solemnemente el año 1687 una oda impresa en su coleccion, muchos versos de la qual hacen una alusion muy clara á este acontecimiento; pero el dia de hoy no se miran ya las cosas baxo del mismo aspecto, sea que la experiencia haya suministrado ideas mas sanas á la politica, ó que se hayan apurado mejor los principios de la tolerancia civil. Da lástima, échase menos esta multitud de hombres laboriosos, de artifices hábiles, que llevaron á sus vecinos, á los rivales de Francia un gobierno de que estaban en posesion, y unos talentos que empleaban con ventaja en favor de la patria; créese por último, que si el consejo de Luis XIV. hubiese calculado y reflexionado mas este negocio, no hubiera reducido tan crecido número de ciudadanos útiles á la dura necesidad de expatriarse con tan gran perjuicio del estado en su comercio, riquezas y poblacion. Añádese, que el duque de Saboya, que á exemplo del rey christianísimo habia echado de sus estados el año 1686 á los moradores de los valles de Lucerna, san Martín, la Perusa &c. inficionados con los errores de Calvino, advirtiendo el perjuicio que se habia hecho á si mismo con este exceso de rigor, no tardó mucho tiempo en favorecer su vuelta, y en restituirles todos los privilegios de que habian gozado hasta entónces.

Por lo que mira á nosotros sin decidir entre dos opiniones, cada una de las quales tiene su lado favorable, y sin atrevernos á decir si se ven mejor las cosas al presente que se veian en el siglo pasado, nos detendremos en sola esta reflexion sobre este objeto. Quanto mas numerosas y perjudiciales fueron las emigraciones de los protestantes franceses ocasionadas por la revocacion del edicto de Nantes, tanto mas ancha, profunda y difícil de curar fué la llaga que hicieron en el estado con la disminucion de su comercio, y la translacion de sus fabricas á los países extrangeros, y tanto mas por último se subirá, así el número de las fabricas ricas y laboriosas que abandonaron el reyno, como la suma de los capitales que se llevaron consigo, tanto en dinero como en efec-

Siglo XVII. tos; y otro tanto mas se debe creer, que qualquier estado se prepara á males infinitos, dexando crecer y tomar cuerpo en su seno qualquiera secta que sea; y que el espíritu de partido quando las opiniones teológicas son principio y fomento de él, es un origen continuo de turbaciones y de desgracias para el estado. Por tanto, los que miran la revocacion del edicto de Nantes como una de las mayores faltas que jamas se han cometido en buena política, y sus resultas como una pérdida que no se puede apreciar, y de que se resiente todavia el reyno, deben creer mas que nadie esta importante verdad; porque si es cierto que el acto de intolerancia persuadido á Luis XIV. contra los protestantes del reyno, ha sido para la Francia tan gran mal, se ha de confesar que la heregia que fué su primera causa, lo es todavia mayor.

ARTÍCULO VII.

Disputas sobre la gracia y la libertad, originadas por el libro de Molina.

Desde el siglo de Pelagio, y aun subiendo mas arriba desde el de Orígenes, siglo de luz y de fuerza, las materias de la predestinacion y de la gracia habian sido objeto de la curiosidad, y motivo de indagaciones y disputas en las escuelas. Se intentaba saber si Dios predestina los hombres para la gloria del cielo, ó para las penas del infierno de un modo absoluto, sin considerar las obras buenas de los unos, ni las malas de los otros, prescindiendo tambien absolutamente en unas y otras de los motivos del decreto eterno que regla infaliblemente el destino de los justos y el de los impíos. Se procuraba conocer de qué modo y por qué vía obra la gracia sobre la voluntad del hombre para obligarle á cumplir con lo bueno, evitar lo malo, ejercitarse en la virtud, huir el vicio, merecer el cielo, y salir del camino de los extravíos y de la corrupcion, que conducen á la mansion de los réprobos. Se racioninaba sobre la naturaleza del libre albedrío, sobre la cantidad de fuerzas que ha perdido por la caída del primer hombre, sobre las que aún le quedan, y sobre la parte que tiene en la práctica de las

obras meritorias, y en el cumplimiento de los preceptos divinos, sobre el modo con que obra quando está tocado, favorecido, y aplicado al bien por la gracia, sobre la fuerza activa y poderosa que la gracia añade á sus fuerzas naturales, sobre la union de aquella con estas; y sobre lo que viene de Dios, y lo que pertenece á la voluntad del hombre en la grande obra de la santificación de las almas. Se habian hecho vanos esfuerzos de imaginacion para sondear los arcanos del Todopoderoso, é inventado diferentes sistemas para explicar un misterio impenetrable á todas las luces del entendimiento humano, un misterio que tiene Dios oculto para que nosotros estemos en una dependencia continua, á la vista de quien tiene en su mano las llaves de la vida y de la muerte, que esperemos siempre en él, haciendo quanto depende de nosotros, y que viviendo en una total desconfianza de nosotros mismos, obremos nuestra salvacion con temor y con temblor.

Temeridad era sin duda el empeñarse en conseguir á fuerza de discursos un conocimiento que nos está negado en los caminos de la sabiduria y bondad que debemos adorar: era introducirse en los derechos de Dios, y elevarse contra él, para robarle el secreto de sus designios, como si tuviese alguna incomodidad en ocultarlos á los hombres: aún mas, este fué el delito del primer hombre, que no contento con las luces con que el Criador habia adornado su alma, quiso igualarse á él en el conocimiento del bien y del mal: este el de todos los hereges y de todos los incrédulos, que disgustados de lo que nos enseña la revelacion, se mortificaron y cansaron por salir del círculo estrecho que en contorno de nosotros trazó la mano de Dios, y por saber de él mas de lo que ha querido manifestarnos: curiosidad sacrilega, que ordinariamente encuentra su castigo en los esfuerzos mismos que hace por llegar á lo que desea. Siempre que el hombre queriendo extender la esfera de su ciencia orgullosa, pone temerariamente sus miras sobre la magestad divina, deslumbrado y abatido por la gloria que circunda al grande Ser (á Dios) lejos de aprenderlo que ignora, no llega á saber lo que una fe humilde y dócil le habia enseñado. El escollo inevitable, contra el qual el discurso débil y vacilante de los hereges ha perecido